

ALEJANDRO DE LA GARZA
LA ZORRA EN EL GALLINERO

CARLOS VELÁZQUEZ
EXUMBRA

ESGRIMA
EL 19-S EN IMÁGENES

NÚM. 167 SÁBADO 22.09.18

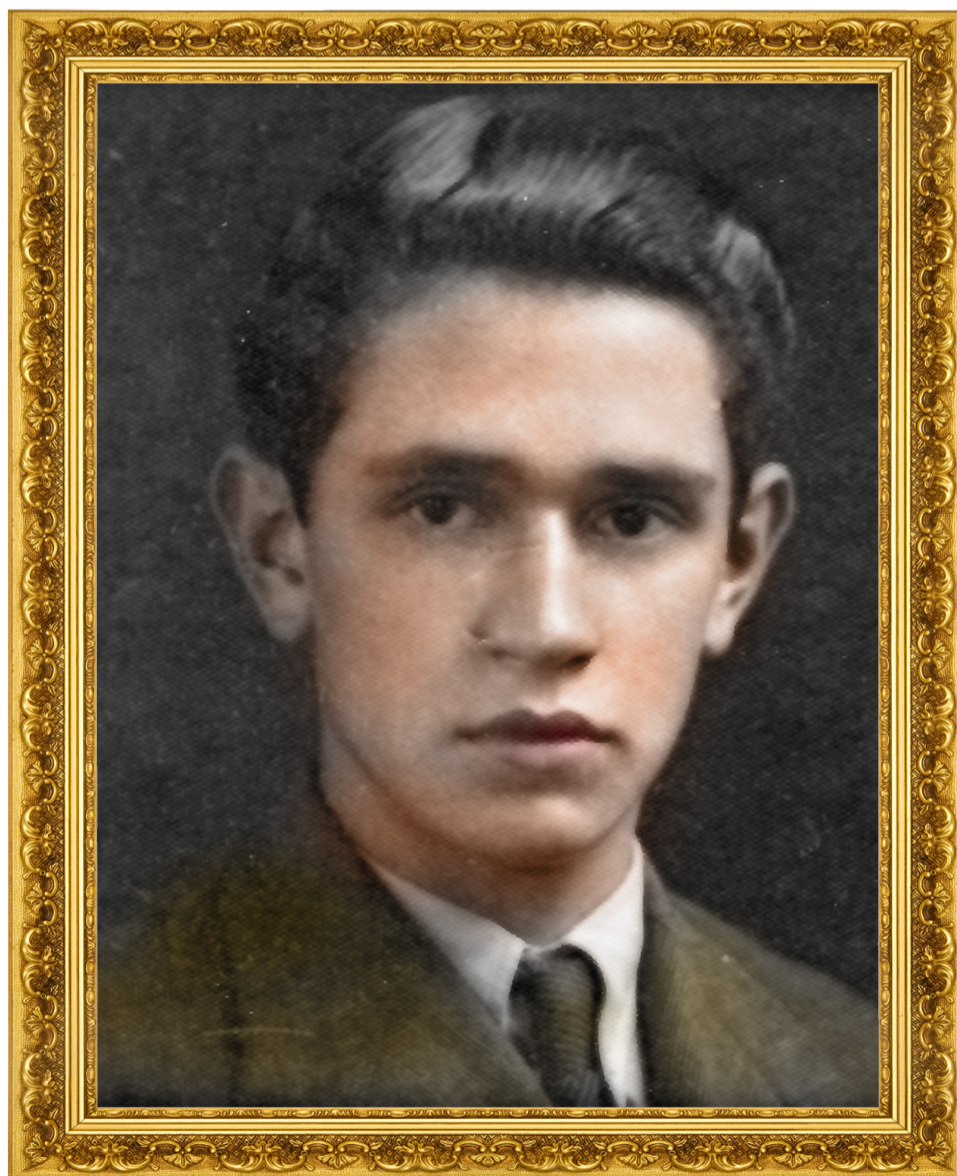
El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

JUAN JOSÉ ARREOLA
(1918-2001)

TEXTOS DESCONOCIDOS
ACUÑA • GOETHE • HUGO

**LA SALVACIÓN
ERÓTICA**
UNA ENTREVISTA



**UN DÍA
CON EL ABUELO**
ALONSO ARREOLA

Arte digital > A partir de una foto del archivo
de Claudia y Fuensanta Arreola > Staff > **La Razón**

Antes de cumplir 25 años de edad, Juan José Arreola (1918-2001) escribió su primera nota de interés cultural. Desde entonces y durante décadas tuvo presente la sentencia de Cyril Connolly: "Las incursiones en el periodismo [...] están de antemano destinadas a la decepción. Poner lo mejor de nosotros en estas formas es una insensatez, pues condenamos al olvido las buenas ideas, lo mismo que las malas. En la naturaleza de tales trabajos está la caducidad".

Con motivo del centenario de Arreola, cumplido este 21 de septiembre, rescatamos tres artículos que refutan de manera contundente el dictum de Connolly: demuestran que una buena nota periodística puede ser tan longeva como un buen cuento o un buen poema, y que su lectura siempre será garantía de placer. Expresamos nuestra total gratitud a los familiares de Juan José Arreola por su generosa anuencia para publicar estos documentos. —Rafael Vargas.



TEXTOS DESCONOCIDOS

JUAN JOSÉ ARREOLA

MANUEL ACUÑA, EL INSUMISO

Situar a Manuel Acuña en su época, rodearlo de sus contemporáneos y analizar su poesía buscando sus influencias y sus modelos, es la mejor manera de rendirle justicia. Así podemos comprenderlo y estimarlo. Indudablemente, esta celebración de su primer centenario contará con acertados comentaristas de su vida y de su obra.

Sin embargo, nos parece que esta situación del poeta dentro de su tiempo nos escamotea algo capital: el valor que puede tener para nosotros, actualmente, esa poesía tan difícil de abordar en nuestros días. ¿La poesía de Acuña encierra alguna enseñanza para nosotros? Ésta es la pregunta que nos gustaría contestar.

Acostumbrados a rechazar esa poesía, y sin que nos ayuden a estimarla los juicios fáciles de la crítica habitual en los manuales de literatura, la lectura de Acuña encierra una novedad de experimento. El autor de estas líneas se apresura a decir que hasta hace unos días se contaba en el número de los que leyeron el "Nocturno", en los días cálidos de la adolescencia, aprendiéndolo de memoria y colmando sus estrofas de amoroso sentimiento, pero que desconocían la obra completa del romántico mexicano.

Realmente, el marco de un siglo parece desmesurado para este poeta muerto a los veinticuatro años, cuyo suicidio parece sellar simbólicamente la vigencia de una poesía carente de autocrítica, de contención. Arrebatado violentamente por el raudal de su inspiración, Acuña parece incapaz de la labor ulterior que purifica y perfecciona los poemas. Nos lo imaginamos siempre en traza de iluminado, de poseído, y lo que más nos sorprende es el hecho de que no haya encontrado las fuerzas necesarias para seguir viviendo en ese manantial impetuoso de su propia poesía. En la negrura general que envuelve sus obras, brotan a veces claridades poderosas, cantos de vida y esperanza que se nos aparecen trágicamente ineficaces. Como si su fe en la ciencia, en la cultura y en los hombres fuera igual a su fe ardiente y pasajera en el amor. Y como si sus grandes ademanes románticos fueran solamente ampulosos gestos exteriores, sin una voz profunda que les diera autenticidad.

Su muerte, la suma de sus contradicciones, se nos aparece insoluble. Tal vez quiso llenar de sentido, instantáneamente, la totalidad de sus versos; como si su muerte pudiera de pronto alojarse en ellos y justificar todas sus exageraciones. Por eso tal vez

nos complace asociar la escena del suicidio con la redacción del "Nocturno", y la emoción con que leemos siempre sus estrofas aladas y llorosas tiene siempre un matiz de despedida final, como si el poeta empuñara la pistola inmediatamente después de abandonar la pluma. Y realmente, aunque lo haya escrito mucho antes, la muerte de Acuña señorea la inspiración de esos versos, porque un suicida no se hace de golpe, sino que ensaya y modela repetidas veces su acercarse a la muerte.

En ese momento trágico, Acuña expresa su desaliento, su inconsciente falta de fe en su propia poesía. Porque él, que soñaba con la gloria, que la cantó repetidamente y que la veía indudable y cercana, no habría atentado contra su vida si hubiera hallado en esa poesía el apoyo esencial que le faltaba.

Al comparar la capacidad creadora de este poeta con la medida y la calidad de su obra, surge una gran desigualdad. Perdido por su propia facilidad, ante todos los caminos que se ofrecían a su inspiración, Acuña parece optar siempre por el más inclinado, por aquel a que lo empujaba la corriente de las ideas, de las imágenes más seguras y cotidianas, ceñido siempre por el juego de las rimas y las cadencias. Y la grandeza intrínseca

Las fotos que ilustran estas páginas, salvo otra indicación, pertenecen al archivo de Claudia y Fuensanta Arreola.

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director
@sanquintin_plus

CONSEJO EDITORIAL

Julia Santibáñez

Editora
@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Subdirector General: Adrian Castillo. Coordinador de diseño: Carlos Mora. Diseño: María Fernanda Osorio

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 10

de los temas que manejaba (el amor, la muerte, la fatalidad, las injusticias sociales) daba inmediatamente a los versos del joven estudiante de medicina un perfil tan fuerte y generalizado, que su labor personal era incapaz de modificarlo en forma decisiva.

Dominado por sus temas, por sus admiraciones, por la ciencia y la filosofía, se balancea como una hoja en el aire, y su vuelo caprichoso dibuja el torbellino accidental que pertenecía a su época agitada, sin que él fuera capaz de imprimir un giro individual siquiera a su caída. Muchas veces, muchísimas, roza la poesía verdadera, pero lo hace sin darse cuenta y como al pasar, sin comprender que en ese momento podía torcer la dirección y dar una grandeza inesperada a sus creaciones. Volviendo otra vez al prosaísmo, después del supremo instante involuntario, Acuña corta las alas a su poema y lo encaja en el molde previsto y circunstancial. Sus ideas sociales, reflejo de un noble y justo afán de reivindicaciones, no hallan generalmente para expresarse sino las frases de candente puerilidad con que trata de rescatar del fango, por ejemplo, a la ramera.

Y el cadáver que sobre la mesa del anfiteatro, anónimo y miserable, recibe las frías miradas con que el poeta lo disecciona, parece quedar entero, individual, indestructible, a pesar de las grandes y solemnes frases con que Acuña lo envía al laboratorio vivo de la naturaleza para que continúe el ciclo de las transformaciones.

Ese poema, que debiera consolarnos, puesto que iba dirigido a la edificación y trataba de dar un nuevo sentido a la muerte, sacándola del ámbito teológico, fracasa y queda frío como una estampa. Una estampa de hospital en la que el sensible filósofo no logra hallar la piedad o la ternura.

“VÍCTIMA DE SU PERFECCIÓN
PREMATURA, ACUÑA PARECÍA
CONDENADO A REPETIRSE,
A SEGUIR SIENDO EL FÁCIL
POETA DE TODAS LAS
CIRCUNSTANCIAS DE SU VIDA”.

Los cantos y las odas, dirigidos a la ciencia o a los personajes que Acuña admiraba, no alcanzan a revestir su escepticismo. Al luchar contra las ideas tradicionales que ardientemente despreciaba, el poeta no encuentra en su nueva fe la fuerza para defenderse contra su pesimismo. Ni en sus rasgos más optimistas se arrebatara verdaderamente. Porque si confiesa reiteradamente que vive para una nueva religión y para un nuevo dios, su muerte nos descubre que esa religión y ese dios no habían logrado penetrar verdaderamente en su corazón.

Insumiso para con el tiempo que le tocó vivir, Acuña debió tropezar frecuentemente con los demás y con sus propios afectos. Tal vez su vago panteísmo, su fe en la vida que sin cesar se renueva, podría dar otro sentido a su suicidio. Pero lo que sabemos acerca de las circunstancias de su muerte parece indicarnos que dio fin a sus días reducido, acorralado por mezquinos accidentes adversos.

La obra de Acuña, más que de una antología, debía ser objeto de un florilegio, de una recolección de fragmentos, muchas veces de versos aislados, donde la poesía resplandece de pronto con brillo auténtico, despojada de los pesados ropajes de una retórica consecuenta con todas las debilidades de su época. Al leer ahora todas las poesías de Acuña, surge el deseo de hacerle ese homenaje, de intentar una exposición de sus hallazgos para revelar, debajo de la fronda espesa de su pujante romanticismo, esas ramas puras y fuertes que la sostienen y le aseguran su lozanía.

Pero esa labor debe acometerla cada lector según su gusto y su criterio. Y para ella, cómo se echa de menos la existencia de una buena edición de obras completas que nos permita, en este centenario de Acuña, conocer su obra con integridad y pureza, para espigar entre ella todo lo que guarda de legítima belleza.

Es inútil pensar en el destino ulterior de Manuel Acuña, en caso de que hubiera llegado a la madurez. En vez de parecer un poeta incipiente, malogrado, su figura alcanza en el cuadro del romanticismo mexicano una grandeza casi

excepcional. Difícilmente puede aceptarse que la madurez vital implicara en él una perfección diferente a la de sus juveniles poemas; por lo contrario, se piensa más bien que Acuña sólo habría aumentado la extensión de su obra, sin ganar en profundidad y haciendo aún más difícil la tarea de encontrar sus verdaderos aciertos de poeta. Víctima de su perfección prematura, Acuña parecía condenado a repetirse, a seguir siendo el fácil poeta de todas las circunstancias de su vida, el fecundo floricultor que habría llenado con sus guirnaldas frágiles las últimas arcadas de nuestro siglo diecinueve.

Decididos a encontrar, finalmente, la lección que contiene para nosotros la obra y la vida de Acuña, creemos que es ésta: todo impulso que llega al exterior, inmediatamente, sin pasar por la puerta severa del rigor crítico, está condenado a perecer. Después del iluminado, del inspirado Acuña, hacía falta el otro, el Acuña despierto y lúcido, que entrara otra vez a sus poemas, como a una selva virgen, dispuesto a desramar, a desbrozar, a seleccionar flores y frutos. Su obra es, ante todo, la obra de un gran inconsciente, de un dormido que nos transmitiera todas las incoherencias, las imperfecciones de sus sueños. El origen, su trance, era legítimo: en él se oían las voces eternas y acordadas de la poesía. Pero Acuña las confundía muchas veces con la voz grande y hueca de la retórica que le llegaba desde lejos, acarreada por un empalme secular de poetas mediocres, y que engañaba sus oídos adolescentes, apresurando con sus clichés fáciles, y adaptables a todas las circunstancias, la creación de poemas que merecían un destino mejor.

Pero Manuel Acuña, este gran poeta inmediato, nos ha dado también, con su muerte, otra lección. Si no fue capaz de someter su voz desmesurada, pudo, por lo contrario, silenciarla con la muerte. Tal vez su suicidio pueda entenderse como una tremenda voluntad de autocritica. Insumiso a las leyes posteriores del poema, no trató de evolucionar, de buscar formas nuevas. Abatido y sin fe, no creyó en su gloria de poeta. Negó el valor de su obra, cegando el manantial que la producía. ■

UN GRAN LIBRO SOBRE GOETHE

Pocas veces resulta un homenaje tan adecuado a su objeto como el que la UNESCO acaba de rendir a Goethe en ocasión del segundo centenario de su nacimiento.

Un grupo de escritores, poetas y filósofos de renombre internacional, convocado por Jaime Torres Bodet, ha escrito un libro hermoso y múltiple que se coloca inmediatamente entre los mejores que se hayan escrito acerca del autor del *Fausto* [*Goethe, textos de homenaje*, varios autores, editado en México por Gráfica Panamericana].

En la carta-prólogo (carta que fue enviada por el director de la UNESCO a cada uno de los autores), Torres Bodet manifiesta la voluntad del organismo que



Eugène Delacroix:
Retrato de
Goethe (detalle)
para la edición
de *Fausto*,
Charles Motte,
París, 1828.

preside, definiendo el propósito original de la UNESCO: acercar a los pueblos de la Tierra en torno a una de las más grandes figuras de la cultura universal. Desde Goethe, como desde un centro radiante, puede contemplarse otra vez el panorama del mundo, reunido y armonioso, tal como el poeta alemán lo contemplaba, a despecho de las crisis de su tiempo. El hecho mismo de que Goethe haya sido un alemán, da una nueva importancia a este libro, porque sus colaboradores rozan a veces el problema moderno de Alemania, pero desde una altura que impide cualquier resentimiento nacionalista. Ciudadano de Europa, ciudadano del mundo, Goethe, profundamente germano, supo alzarse sobre su propia

“TODO SE ANIMABA EN SU CORAZÓN,
DESDE LA REMOTA ALEGORÍA DEL GÉNESIS
HASTA LA ESTROFA POPULAR RECOGIDA
EN LOS LABIOS DEL CAMPESINO ALEMÁN.
NADA ERA INDIFERENTE PARA ESTE COLECCIONISTA
DE SENSACIONES, DE RASGOS HUMANOS”.

nacionalidad y juzgar hasta a los enemigos de su país con serenidad grandiosa. Ahora, bellamente, hombres como Jaroslaw Iwaszkiewicz, representante de la sacrificada Polonia, y Leopold Sedar Senghor, africano cautivo en un campo de concentración, rinden su homenaje cordial y aspiran con Goethe a una nueva integración moral de Europa y del mundo. [...]

Cada autor se asoma al “inmenso mundo goethiano”, a ese panorama vital que todo lo contenía, ciencia, arte y filosofía, astros reunidos bajo la disciplina solar de su numen poético. Es asombroso ver cómo va cayendo sobre Goethe un título sobre otro, cómo se le va definiendo en cada ensayo: político, naturalista, filósofo, místico, humanista... Como si a él correspondieran, milagrosamente, todas las denominaciones inventadas para calificar el desempeño de un hombre dentro de la cultura universal.

Tal vez nunca ha tomado la cultura humana una forma tan personal como en Goethe. Y tal vez nunca se halló un hombre tan lejos de la cultura llamada enciclopédica. Si Goethe se nutrió en los libros, a partir de sus lecturas infantiles del Antiguo Testamento, supo hacerlo como si los libros fueran también objetos y creaciones de la naturaleza. Leía los libros como contemplaba paisajes, como observaba a los hombres, a los

animales y a las plantas en torno. Su revisión de la cultura humana es una de las más apasionadas y deslumbrantes que se hayan hecho. Pudo ver los siglos en movimiento, le fue dado advertir el ritmo del crecimiento humano y la secreta marea del pensamiento, tal como observaba el desarrollo de las plantas y el ciclo de los fenómenos naturales. ¡Naturaleza, naturaleza! ¿Cuándo ha sonado esta palabra como en labios de Goethe? Trascendido hasta la última fibra de su ser, Goethe es el panteísta activo, el transitado, el cauce de los efluvios universales, el resonador de las más secretas armonías, el arpa eolia capaz de traducir el mensaje de todos los vientos.

¡Qué lejos parece hallarse de las librerías y de las bibliotecas este conocedor nunca saciado, este hombre resplandeciente que pedía más luz en los umbrales de la muerte! Y es que todo se animaba en su corazón, desde la remota alegoría del Génesis hasta la estrofa popular recogida en los labios del campesino alemán. Nada era indiferente para este coleccionista de sensaciones, de rasgos humanos y de humildes hojas de hierba.

La enorme tarea que lo embriagaba, su entrega profunda a lo humano en general, es lo que explica sus frecuentes, bruscas huidas del dolor ajeno, personal. Hölderlin, el ángel desquiciado, arrebatado en su dulce locura, y Mickiewicz, el ardiente polaco, pasaron junto a él casi como sombras, y sólo detuvieron un instante su mirada, su dolor fraterno. Goethe se alejó de ellos para volver a mirar su espectáculo predilecto: la gran alegría y el gran dolor del mundo. Del mismo modo se apartó de la mujer que alumbraba a un hijo suyo. El dolor de la parturienta

era demasiado concreto, demasiado individual, y lo distraía de su contemplación total. Esta paradoja debe ser aclarada, porque es la única explicación perfecta del egoísmo personal de Goethe, que miraba casi con indiferencia el sufrimiento aislado, pero que se hallaba unido, dolorosamente, al gran sufrimiento de la humanidad,

que lo apesaba y llegaba hasta él por el camino de su carne expuesta y doliente. Su actitud respecto a Eckermann parece expresar esta misma condición de su alma. Eckermann, “ese honrado trabajador de las letras alemanas” parece trágicamente empequeñecido en su papel de amanuense,

de taquígrafo. Parece no tomado en cuenta como hombre: valientemente se acercó a sabiendas al genio de Goethe, con su pequeña estatura, a registrar para nosotros, minuciosamente, las ocurrencias cotidianas del supremo, y supo arrancarle muchas veces, con hermosa ingenuidad, algunos de sus secretos trascendentales.

No es pues, Goethe, el tema para un solo hombre. No hay biógrafo que sea capaz de abarcarlo, de reducir sus contradicciones, de deshacer su complejidad en una docena de elementos. Por eso, el libro promovido por la UNESCO, que ahora se edita en español, tiene el gran valor que le hemos señalado. No es la tentativa individual, sino un conjunto de aclaraciones diversas, de exámenes particulares, [que] concurren como legiones al asalto seccional de una ciudad fortificada.

Taha Hussein Bey, por ejemplo, sigue el camino de Goethe en su ruta hacia el Oriente, trayecto que va desde la Biblia hasta los poetas árabes y persas, y que culmina en la maravillosa apropiación de las formas de la lírica oriental en las estrofas del *Diván [de Oriente y Occidente]*. Nunca se apartó ya, desde su primera juventud, del mágico hechizo del Oriente, y cantó sus amores en gacelas, escritas al modo de Hafiz. Y se puso un bello nombre oriental y bautizó a su amada con el nombre de Zuleija. Consagró la reunión del Occidente y el Oriente, por primera vez, con versos que probaban, en su forma y en su espíritu, la realidad de esa unión feliz e irrompible.

Entre los más cordiales ensayos de este libro sobre Goethe figura el de Leopold Sedar Senghor, intelectual negro de habla francesa, que narra la odisea ardiente de sus compatriotas, que buscaron, como al través de una selva, desorientados por las halagadoras teorías de León Frobenius, la esencia del alma negra en la *negritud*, a la cual querían volver otra vez, desdeñando altivamente la cultura europea. Sedar Senghor, en el campo de concentración, prisionero de alemanes, releía los libros del gran alemán que lo devolvían otra vez, a él y a todos los suyos, al seno de la humanidad, después del grandioso fracaso de las teorías raciales alemanas. [...]

Stephen Spender define a Goethe como “el último príncipe de los poetas” y señala la aristocracia de su espíritu, concreción final de ese género de poetas, capaces de resumir en su vida y en su obra toda una época literaria. J. C. Burckhardt, en un profundo estudio sobre Goethe y la idea de justicia, se acerca a las más secretas fuentes del hombre *Fausto*, que lleva junto a sí a Mefistófeles, no como un demonio creador, sino como un espíritu negativo, que va limitando y empequeñeciendo el enorme afán del hombre que llevó su albedrío más allá de los límites humanos, para caer otra vez, salvándose, a su estricta dependencia de los poderes eternos.

Thomas Mann estudia el *Werther*, F. S. C. Northrop habla de Goethe y de los factores creadores en la cultura contemporánea; Jules Romains se aplica a descubrir el secreto de Goethe; Gabriela Mistral escribe un hermosísimo poema, “Recado terrestre”, con su trémula voz de americana unida al mundo, con esa voz predilecta con que dirige sus mensajes a los hombres de hoy para



En el programa de televisión *Sábados con Saldaña*, 1973.

recordarles, con enérgica ternura, la olvidada palabra del amor y la humana concordia. Don Alfonso Reyes da otra vez cuenta de su sabiduría en "Notas sobre Goethe".

Imposible, insatisfactoria como toda referencia a Goethe, una nota sobre el

libro de su homenaje tiene que quedar forzosamente incompleta. Cada uno de los autores reunidos por Jaime Torres Bodet justificaría un comentario particular y extenso. Tal vez la mejor descripción del libro se halla en las palabras con que el intelectual mexicano se dirige

a los colaboradores de este homenaje a Goethe, ese hombre que define como ninguno los propósitos originales de la UNESCO, tentativa de unión internacional por medio del conocimiento del hombre, en cada una de sus expresiones más altas y universales. ■

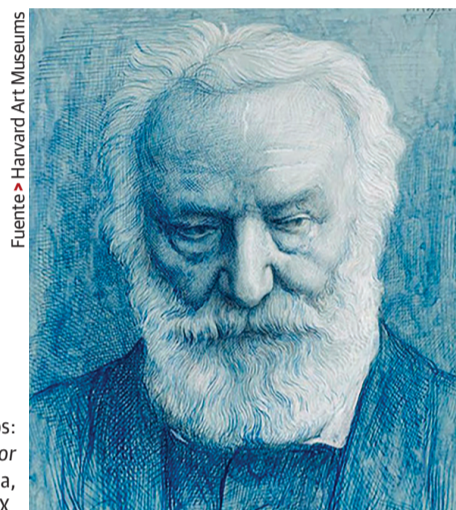
LA UTOPIA CORDIAL DE VÍCTOR HUGO

En la barandilla trasera del último carro, tan hecha para decir discursos, puede verse a Víctor Hugo que despide con él a toda una época. Lejos de las plataformas del Terror, él representa la ternura, que brota furiosamente en la tierra francesa, abonada de sangre y de huesos. Víctor Hugo está allí para resumir la historia humana en infatigables alejandrinos, y para pedir perdón por tantas atrocidades. Se ve que quiere estar bien derecho y guardar la compostura y los recios ademanes que le prescribe su arenga. Pero a cada momento pierde el equilibrio y se cae de lo majestuoso, tartamudea conmovido y va dando traspies por los lugares comunes de la filosofía humanitaria. El amor y la piedad lo han embriagado como un vino de alta graduación, que él bebe generosamente a la salud de todos, los malos y los buenos, los puros y los corrompidos.

De su tribunal de anchas puertas todos salieron absueltos. Quiso matar la mosca de la maldad sin estropear la frente del malvado. Y una noche por lo menos, la del estreno de *Hernani*, pudo mover a todos los hombres con el motor de su corazón. Soñó realmente con eso: con regir al mundo mediante la armonía de sus infalibles y automáticos versos. ¿Y por qué no? Todo un pueblo debía caminar derecho, llevando a Víctor Hugo como generador acoplado.

Pero los hombres no son como Víctor Hugo los piensa. Imposible contar con Marion de Lorme y con Jean Valjean, a cada paso, *sur commande*. Después de un buen rato de lectura, Víctor Hugo se nos cae de las manos pecadoras, incapaces de sostenerlo hasta el final en la demostración de esa humanidad posible, regida por la ternura. Nos sentimos como un hijo apretado en los brazos de una madre demasiado maternal, y acabamos por gritar: "¡Suéltame, Víctor Hugo, porque me estoy asfixiando!".

Miserable condición humana, que no ha podido aprenderse de memoria "La oración por todos". Como un Valjean irredento, el hombre sigue robando los cubiertos de plata del obispo. Ruy Blas no basta para justificar a los lacayos, y se queda solo, aislado y heroico. Las prostitutas siguen por la calle, extrañándose, a pesar de que el papá Hugo



Fuente: Harvard Art Museums
Alphonse Legros: Retrato de Víctor Hugo. Acuarela, siglo XIX.

las llama al reformatorio de sus grandes libros. De vez en cuando, un eminente escritor francés se levanta al final de un banquete solemne y dice emocionado: "Señoras y señores, ¡Víctor Hugo es el más grande poeta de Francia!". Las adhesiones, primero escasas y vacilantes, se propagan en el auditorio y la ovación estalla finalmente, y se cierra como una nueva corona en la frente del poeta. Muy bien. Pero no era eso únicamente lo que Víctor Hugo quería.

En cada página de sus libros, novela, teatro o poesía, hay un molde abierto para que cada alma caiga en él y se acomode en su lecho blando, estricto y armonioso. Nada falta en su catálogo de caracteres. Hombres, mujeres y niños, mediana o excesivamente pillos, pueden hallar el ejemplo, la norma que les conviene. "¡Pasen, señores, pasen a ver lo que sucede con la mujerzuela, el diantre y el avaro. Pasen a ver al buen bandido de la espada vengadora. Pasen a ver los siglos, uno tras otro, con su Adán, su Eva y su Calígula. Vengan todos a aprender en esta escuela de renglones alineados; vengan todos a este final grandioso, en que la melodía universal suena orquestada en magníficos *crescendos* sucesivos!". Pero allí se ha quedado Víctor Hugo con su inmensa guardarropía, y nadie quiere ponerse el saco que le viene a la medida.

"Soy un hombre que piensa en otra cosa", dijo Víctor Hugo. Y, claro, pensó en todos nosotros. En lo que somos y en lo que debemos ser. En la feria del mundo instaló su espléndida barraca, que vale casi todo. A la puerta de esa barraca está el anciano prodigio, y el que entra allí bien puede privarse de todo lo demás. Pocos quieren entrar en la gran tienda de Víctor Hugo, que se ha echado a la humanidad entera en su bolsa de marsupial. El espectáculo que allí se ve es en realidad impresionante, pero un poco aburrido. Va uno de hombre en

hombre, de página en página, como de espejo en espejo. Se encuentra uno con toda la familia, desde el abuelo cavernícola, hasta el nietecito que va saltando a la cuerda mientras repite su lección escolar: "Solamente existe lo que perciben mis sentidos".

Y claro, todos prefieren ver a la humanidad fuera de la carpa, donde los alambribristas dan pasos realmente falsos y donde las bolas se le caen al malabarista que comete un error. Contra una certeza posible, cada hombre prefiere jugar su carta azarosa. Todos huyen del apólogo, que con su final a la Víctor Hugo parece arrebatarnos la última sorpresa que atribuimos a nuestro propio destino.

A Víctor Hugo le fue dada la gracia de intuir casi todos los humanos destinos. En la amplitud de su espíritu cupieron holgadamente las más violentas antitesis. Puesto a vivir en una realidad sin cesar cambiante, nada le turbaba ni sorprendía. De un repertorio prácticamente infinito sacaba sus deslumbrantes respuestas de prestidigitador que le devolvían siempre su lugar de caudillo. [...]

DE VÍCTOR HUGO nos han quedado muchas imágenes, en serio y en broma, todas destinadas a inmortalizarlo. Estatuas y caricaturas, anécdotas reales y falsas nos lo representan siempre consagrado y genial. Glorificado en vida, él mismo fue su primer monumento ambulante. Traduciendo cada frase suya en un ladrillo, se levanta de su obra una catedral tan grande como Nuestra Señora de París.

De todas las imágenes que lo definen, prefiero la que dije antes. Veo y saludo a Víctor Hugo en la barandilla del último vagón de su tren romántico, curva como el borde de una tribuna. Allí está diciendo, al despedirse, su discurso inacabable. El tren es inmenso como las alcantarillas de París, y va repleto de Revolución Francesa, de leyenda de los siglos, de pensadores, de políticos, de funámbulos, de hombres de blanco y de Bulevar del Crimen, de Lamartine y su meditación lacustre, del pálido Musset con su Lucía y de buen pueblo francés que comprende, aplaude y perdona a su gran poeta, que sigue hablando y hablando, sin darse cuenta que el tren salió hace mucho de la estación y que nadie le oye, nadie, porque la humanidad pone una oreja sorda a su llamado en pro de la concordia universal. ■

FUENTES

"Acuña, el insumiso", *México en la Cultura*, núm. 29, 21 de agosto, 1949, p. 3; "Un gran libro sobre Goethe", *México en la Cultura*, núm. 30, 28 de agosto, 1949, p. 7; "La utopía cordial de Víctor Hugo", *México en la Cultura*, núm. 159, 24 de febrero, 1952, pp. 1-2.

"DE VÍCTOR HUGO NOS HAN QUEDADO MUCHAS IMÁGENES, EN SERIO Y EN BROMA, ESTATUAS Y CARICATURAS, TODAS DESTINADAS A INMORTALIZARLO".

A través de la palabra única de Juan José Arreola, esta entrevista se distingue por su tema singular: el erotismo en sus diversas manifestaciones. Va del arte y la literatura al amor, la monogamia, el matrimonio, los celos, la homosexualidad, el sadomasoquismo, la liberación femenina, el aborto, la prostitución. Fue publicada en la revista *Su Otro YO* (1976), luego de varias sesiones con él en su domicilio de aquel entonces, en la Colonia del Valle de la Ciudad de México.

En su momento, el propio Arreola revisó el texto y lo complementó al obsequiarnos la prosa que acompaña este rescate: "Cuaderno de bitácora". Hemos eliminado las preguntas y editamos el diálogo para dejar sólo el flujo de su discurso, que evidencia los temas planteados. Conservador y polémico, el gran autor, maestro y editor se reconoce como un moralista renegado de su bagaje religioso: "un hereje", capaz de perturbar la corrección política y las convenciones de todos los tiempos.

Arreola en primera persona

LA SALVACIÓN ERÓTICA

ROBERTO DIEGO ORTEGA • MIGUEL ÁNGEL MORALES

Ve el erotismo como un amplísimo fenómeno, una fuerza cósmica. El impulso vital que mueve a todos los seres y objetos de la vida, un clima, una atmósfera que vivimos los humanos. El Eros original, esa fuerza difusa y magnética que se aloja frecuentemente en la sexualidad, como puede hacerlo en el arte y en ciertas formas de ascetismo.

Limito la sexualidad al cuerpo, a la persona física. Aunque sea un fenómeno general, está profundamente individualizado y su ejercicio, como todas nuestras capacidades, es sometido y controlado por cualidades heredadas genéticamente. En el amor aparece ya una tercera instancia, un estadio superior a la mera sexualidad que también está animado por el erotismo. Pero el amor implica compasión, en el sentido de *co-pasión*: una pasión compartida con la otra persona. Por amor nos enajenamos verdadera y dichosamente, porque dependemos de la otra persona.

LOS ASPECTOS a veces profundamente eróticos que aparecen en mi obra tienen siempre un carácter ascético o sarcástico; finalmente me salvo en el sentido moral, pues aunque he escrito muchas atrocidades, siempre han estado montadas sobre una plataforma de tipo moral. "Plastisex" [en *Confabulario*] es un texto que implica el ascetismo y lo consideran uno de mis textos más eróticos.

En cuanto a "El himen en México" [en *Palindroma*], es un hecho real. Sólo tiene algunos agregados, porque

me parece de literatura fantástica la figura de este farmacéutico que se dedicó a esa minucia anatómica que para mí representa todo un problema teológico. Por más que me expliquen, nunca aceptaré la existencia del himen sino como un hecho moral, una especie de sello de garantía cada vez más raro. ¿Por qué esa minucia anatómica cierra literalmente el paso y debe ser destruida? Yo quisiera que algún fisiólogo me diera una explicación científica-materialista del himen. Su existencia es positiva, porque a pesar de que se han abierto tantas compuertas todavía vivimos en un mundo gobernado por el concepto de la pureza, esa moral que reposa, de una manera entre sublime y absurda, en la integridad física de la mujer y que sólo puede otorgarse mediante el convenio social o el pacto religioso.

Yo quisiera, sobre todo y de ahora en adelante, ser frígido. Lo digo de todo corazón, por lo que me han costado más de cincuenta años de erotismo, que floreció en mí desde la más temprana infancia. Mi vida es un historial clínico dentro del freudismo más auténtico, y he pagado tan caro el erotismo a través de la sexualidad que ahora sueño con no vivirlo. No crean que la edad me ayuda a esto: me siento profundamente desilusionado, porque pensé que desde los cuarenta años la decadencia física iba a iniciarse y la mujer dejaría de ser ese estímulo cotidiano y permanente (cito a Tolstoi), porque el amor es siempre un compromiso atroz que nos puede llevar a la muerte,

"NUESTRA TRAICIÓN A LA MONOGAMIA, PRECISAMENTE, REPRESENTA EL DRAMA DE LA HUMANIDAD. ES UNA DE ESAS TRABAS QUE EL HOMBRE SE IMPUSO, PORQUE LA MONOGAMIA ES POSITIVA".

la enfermedad física o mental. El amor es un peligro y por eso es justificable todo lo que se ha hecho para evitarlo por la buena o por la mala.

La separación de los amantes [de Igor Caruso] fue terrible para mí, como *Un amor de Swann*, que me descubrió el infierno de los celos, me sumergió en el abismo literario y llegué a llorar —pues no hace falta que las lágrimas fluyan hacia afuera— y a temblar toda una noche, por tantos días, meses y años perdidos en esa noche infernal del desvelo causado por los celos.

EL MATRIMONIO es en realidad una anomalía, pues nos damos el consentimiento sin saber quiénes somos. Imagínese: un muchacho y una muchacha se encuentran, la atracción erótica y la mera atracción sexual, genesiaca —que es la palabra que me gusta— pone entre los dos una especie de velo, a la vez opaco y deslumbrante. En Platón el amor es conocimiento del otro ser, y lo que nosotros tomamos por amor es atracción genesiaca.

Nuestra traición a la monogamia, precisamente, representa el drama de la humanidad. Es una de esas trabas que el hombre se impuso, porque la monogamia, biológica, moral, económica y psicológicamente, es positiva.

La mujer siempre tiene esa nostalgia, esa esperanza: se siente la concesionaria y distribuidora exclusiva de la femineidad, y por tanto tiene una conciencia muy alta de su sexo. Y claro, la aspiración más total de cualquier mujer, por más elevada que sea, es la de ser sólo ella la satisfactora sexual de su hombre. Es tan



Foto > David Ricardo Quintero

Arreola en la entrevista con Roberto Diego Ortega y Miguel Ángel Morales.

“HE TENIDO UNA VIDA HENCHIDA DE EROTISMO Y NO VOY A VER UNA PELÍCULA, UN LIBRO O UN DIBUJO QUE INCLUYE PORNOFILIA, PORQUE EN EL EROTISMO YO SOY EL ACTOR”.

innato que la naturaleza entera –cito a Claudel, un poco de memoria– es un abecedario gigantesco, un léxico que ayuda a comprendernos. Exagerando nuestras virtudes y nuestros defectos, las criaturas animales nos ayudan a entendernos: en la naturaleza se encuentra que la pareja es indisoluble. En ese mundo que llamamos irracional –pero que a lo mejor tiene razón– hay criaturas monogámicas que mantienen su condición aun después de la viudez. Otras sólo aceptan la sustitución de la pareja por la muerte verificada mediante la ausencia continua del compañero. Y hay criaturas que son prodigiosa, terrible, desordenadamente poligámicas.

LO MALO es que queremos extender el amor a toda la vida. Debemos aceptar que es una estación, llena de pequeñas estaciones si lo quieren. Pero desgraciadamente somos capaces de convertir todo en vicio: el amor, la cultura, el arte, incluso la religión. Nos enviamos. Ahí está el drama.

Además, no somos hombres ni mujeres logrados: somos proyectos, precisamente porque no hemos guardado el equilibrio ni las buenas maneras. Lo que hace valer al erotismo es la abstinencia, el contraste. Y la grandeza del acto amoroso es para mí una metáfora al revés: los amantes se unen físicamente porque la unión de las almas es imposible. Esto ya lo

dijo un poeta del siglo XVI, Francisco de Aldana: los amantes gimen en el abrazo porque les duele no poder unir sus almas. Entonces lo que enriquece la experiencia física son todas las superestructuras previas: la ascensión al amor es todo un camino. Pienso en Petrarca y su escalera de cuatrocientos sonetos para describir el amor por una mujer. Dante escribe toda una *Divina comedia* para montar en la cima la imagen de la mujer amada y desaparecida.

YO PUEDO HABLAR de todo menos de la homosexualidad, salvo en la única condición que acepto del homosexual: que se niega al ejemplo atroz, a ser verdugo. Se pone del lado de las víctimas, se convierte en pasivo. El homosexual auténtico es la caricatura que acepta esa condición íntegramente, para no pertenecer al agresivo mundo masculino. Por eso debemos ayudar al niño y al adolescente para que no sea una criatura caricatural, en los términos de Marcel Proust. La medicina y la psicología deben ayudar a que niños y adolescentes lleven una vida satisfactoria sensual y sexualmente hablando, a que tengan experiencias satisfactorias sin ser caricaturas.

En cuanto al lesbianismo, yo como hombre ni siquiera lo considero: no lo concibo, no lo entiendo ni me importa. Rechazo totalmente la homosexualidad masculina, pero en las mujeres podría intervenir alguna forma de cariño que no me resulta repulsiva. En este mundo no hay más que una sola verdad, una sola semilla: la vida. Todo debe aproximarse a la vida aunque no haya procreación: el acto debe ser un símbolo de

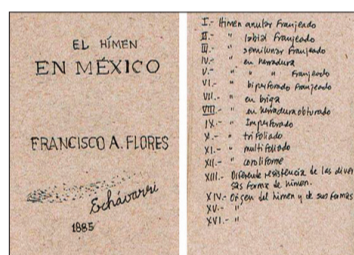
propagación, de distribución, de mantenimiento de la vida.

No tengo remedio: soy un socialista utópico, muy individualista, y creo que el erotismo corresponde a una experiencia íntima, personal: en él y en la sexualidad sólo veo a dos oficientes, un hombre y una mujer entre cuatro paredes. Cuando hay un tercero, voluntario o involuntario, lo ignore o no la pareja, en ese momento empieza lo que llamo pornofilia. La orgía es la negación total y la ruptura, el banquete en que se vuelcan las ollas y queda una sensación de asco que lleva al vómito, a la indigestión. Por fortuna soy una persona profundamente erótica, he tenido una vida henchida de erotismo y no voy a ver una película, un libro o un dibujo que incluye pornofilia, porque en el erotismo yo soy el actor: un actor de primera categoría, con papeles estelares.

LA MASTURBACIÓN es un hecho triste porque el erotismo en soledad es una experiencia depresiva. Aunque la mayoría de los seres humanos pasamos por ella, hay quien la sobrevive y quien la convierte en un vicio, pero creo que una persona normal se deprime. Después de todo acto sexual viene una tristeza bestial, cierta forma de aversión, en fin, esa melancolía teñida por un complejo de culpa.

Aurel Kolnai cita el poema de Franz Werfel, “Cristo en el río de las carroñas”. Es atroz: el problema del asco tratado como sólo puede hacerlo un poeta. La repugnancia moral por lo orgánico. Los contactos físicos resultan desagradables, implican elementos de aversión: el beso mismo es una superación del asco y se vuelve un símbolo casi divino del amor. La aceptación del contacto hace desaparecer las fronteras de la piel. Quisiéramos fundirnos uno con otro a pesar del asco al sudor, al contacto de una

El libro que inspiró el relato “El himen en México”. Reproducción de M. Á. Morales.



CUADERNO DE BITÁCORA

JUAN JOSÉ ARREOLA

LUNES PRIMERO. Apenas levada el ancla infantil dirijo al conocimiento mi proa y un viento griego empuja el velamen latino hacia promesas horizontales. Primero me doy cuenta de que hay sirenas a babor y tiburones a estribor. Instintivamente me decido por ellas, a sabiendas de que voy a perder la batalla sin recuento hormonal.

MARTES DOS. Efectivamente, estoy perdido. Al escuchar el primer canto seductor me arrojé al agua como un Ulises desatado y sin ceras las orejas. Ahora reflexiono desde el vientre de la ballena, profundamente ensimismado en posición fetal: la verdadera unión amorosa es imposible fuera del claustro materno...

MIÉRCOLES TRES. ¡Eureka, la ballena me ha dado a luz y estoy frotándome los ojos, deslumbrado ante el amor entre nosotros dos, mediante una cómoda inserción! Mentira: acabo de despertarme solo, otra vez recién parido en una playa desolada.

JUEVES CUATRO. Con los restos del naufragio reconstruyo como puedo la embarcación amorosa, utilizando apasionadamente maderos y clavos, jirones de vela y astillas de mástil. Soy

indigesto y vomitado, pero la emprendo cada vez más en busca de nuevas desventuras, porque quiero saber finalmente si alguna cetácea total puede asumirme por entero, disfrazada de sirena.

VIERNES CINCO. Ahora navego a la deriva y consulto en vano la carta de marear. Estoy mareado en los mares del amor durante las últimas veinticuatro horas de mi vida, que cuentan ya cuarenta y ocho años de aventura. ¿Se dan ustedes cuenta? He perdido la brújula y la cabeza y la rueda del timón se me cae de las manos...

SÁBADO SEIS. Creo que el error consistió en no dejarme tragar por entero, de una vez y por todas, por la primera dama que fuese, sirena seductora y pasajera al son de *la donna è mobile*, o ballena blanca y total. La Moby Dick capaz de expulsarme del mundo y de su vana persecución.

DOMINGO SIETE. Ahora sólo me queda repetir unos versos ajenos e interminables, después de tantas singladuras amorosas: “Qué sombra y qué pavor en la conciencia / y qué horrible disgusto de mí mismo”. Y todo gracias al hecho de que no supe darme en el amor. ☐

mano levemente viscosa, a la saliva. Provenimos de un coloide: las primeras criaturas nacieron en el pantano. Desde entonces el hombre trata de desecarse, apartarse de ese mundo anfibio, reptilesco, batraciano.

Si el hombre es seco, la mujer es húmeda, porque tiene esa condición terrenal, o mejor dicho telúrica, relacionada con lo coloidal. Los humores del cuerpo, la lágrima, la saliva, la sangre, el semen, son coloidales y recuerdan nuestro origen —del que nos queremos alejar. Y esta es la polaridad, la ambivalencia del hombre. Un impulso de vivir y un impulso fanático que trata de sumergirnos en la tierra lodosa original. El amor es atracción-repulsión.

Una aspiración muy profunda de la mujer es ser poseída. Hay una gran voluntad de entrega y aquí debemos hablar de otra polaridad: el sadomasoquismo que tenemos por igual hombres y mujeres. La persona que se somete y se entrega establece en cierta manera un dominio y puede crear una dependencia. Bien administrado, el sadomasoquismo daría la verdadera noción a la pareja, que sería interdependiente: cada miembro dominante y dominado.

LA LIBERACIÓN FEMENINA tendrá eficacia cuando la mujer deje de ser propiedad privada. A lo largo de la historia la hemos obligado a la sumisión, a guardar su pureza sin que intervenga su libre albedrío. Y la mujer cayó en la tentación de que más vale ser sumisa que libre y responsable. Es un tema tremebundo que sólo Dostoyevsky ha tratado con la grandeza debida: la mujer opta por la sumisión y deja al hombre el mundo de las decisiones. No habrá cambio si no se constituye como un ente autónomo.

Creo que el anticonceptivo es muy importante, aunque no hemos llegado al ideal, que sería psíquico. Lo planteo como un literato fantástico: que la mujer pudiera cerrar sus trompas al óvulo desprendido, o sencillamente cerrar la abertura: que espiritualmente aceptara o no la invasión de espermatozoides. Yo estoy por el control de la natalidad.

El aborto me disgusta desde la palabra misma. Implica un fracaso vital y no estoy de acuerdo con él, sino a favor de un anticonceptivo del género que sea y que no perjudique a la mujer. El aborto me produce asco físico y moral, me repugna, me repele y, salvo cuando es muy precoz, lo veo rodeado por un halo de crimen. No creo que el ser se constituya en el momento mismo de la concepción. Veo al espermatozoide cargado de espíritu y es entonces cuando me hago bolas con mis conceptos religiosos. Al verlo moverse en el microscopio me quedo asombrado: es la criatura más vital que existe. Pero cuando se introduce en el hueco del óvulo aún se trata de una gran molécula de

“HAY UNA ANTÍTESIS QUE YO RESUMO EN ESTA SÍNTESIS: EL ACTO DE AMOR TIENE ALGO DE LA PALPITACIÓN DE LA MUERTE; SI NOS REEDUCÁRAMOS DE UNA MANERA VERDADERA, ÉSTA DEBERÍA SER TAN FELIZ COMO EL AMOR... UNA DEVOLUCIÓN AL SENO MATERNO”.

proteínas —en el principio no es más que eso, ¿verdad? La cualificación de humanidad podría determinarse desde el momento en que empiezan a señalarse los ojos, la cabeza, en fin: cuando empieza a criaturizarse. Es entonces cuando aumenta la categoría delictuosa del aborto.

Yo perdí la fe de los dieciocho a los veintidós años: ahora soy un hereje en muchos sentidos. Se me cayeron las alas del corazón al pensar en las criaturas anómalas física o mentalmente, en las futuras homosexualidades, en las locuras. Dije que no podía aceptar el concepto de providencia si al implantarse el espíritu en la materia podían existir esas deformaciones, esas criaturas que tanto sufren y nos hacen sufrir, porque a mí me hacen sufrir todos los incapaces en algún sentido.

CHARLES-LOUIS PHILIPPE o Marcel Schwob han hallado el erotismo y el amor en el mundo de la prostitución. El mismo Napoleón Bonaparte nunca olvidó a una muchacha que encontró en Luxemburgo. Y ya que hablo de prostitución quiero decir que en muchos aspectos es una liberación: un ganar perdiéndose para escapar del mundo. Al aceptarse y distribuirse como mercancía, la mujer obtiene beneficios y ganancias: se libera del círculo familiar y social por ser una transgresora. Pero al mismo tiempo confiesa otra vez su condición femenina al entregar sus ganancias al hombre que ama y así lleva el trastorno al extremo. Se convierte en propietaria: en lugar de esclava, es ama.

Veo en esa transgresión algo natural y necesario para muchos cuerpos y almas sometidos a la prisión, al ansia de libertad. Echarse a la calle representa mucho de su libertad para la mujer. Recordemos a la Sonia de Dostoyevsky, uno de los personajes más bellos de la literatura moderna, que se sacrifica por su familia y por Raskolnikov y plantea un problema terrible: si es posible justificar que se prostituya para que sus hermanos menores no mueran de hambre. Su padre es un borracho espantoso, irresponsable y cruel. Sonia es la salvación de su familia. Creo que pierde su cuerpo, pero salva su alma.

En nuestra civilización cristiana católica la culpa original fue durante mucho tiempo una culpa erótica. El pecado original no fue considerado como lo que es: un pecado de soberbia, de insubordinación del ser humano ante el creador. Todo lo que alude a ese mundo prohibido —que es el origen de nuestra desdicha, de estar arrojados en el valle de lágrimas desde el paraíso original— es una profanación de lo sagrado.

LA MUERTE y el acto sexual se relacionan porque los dos incluyen el estertor, los dos son consumaciones. El acto de amor es un estertor que manifiesta la palpitación de la vida futura; la muerte es el estertor que devuelve al todo, a la nada original de la cual vuelve a brotar, como la botella de Klein.

Hay una antítesis que yo resumo en esta síntesis: el acto de amor tiene algo de la palpitación de la muerte; si nos reeducáramos de una manera verdadera, ésta debería ser tan feliz como el amor, pues sería una devolución al seno materno. Provocar la vida, crearla, es un estertor lleno de gozo que consume y deriva toda la energía del ser en un punto del cuerpo.

CASANOVA ES EL HOMBRE que siempre se equivoca de pieza, al igual que el don Juan. En realidad todos los hombres buscamos en la mujer una trampa mortal. Don Juan y Casanova no encuentran la trampa definitiva. No estoy improvisando. Kafka dijo: “Hay una jaula que anda buscando un pájaro”. Yo lo puse así: “Hay un pájaro que vuela en busca de su jaula”. Casanova y don Juan buscan a la mujer que los capture para siempre y los sepulte en el seno corporal de la tierra.

Durante siglos, la iglesia tiñó de negrura el panorama erótico, haciéndolo culpable. Bosco y Dante crearon el infierno en *El jardín de las delicias* y *La divina comedia*. Surge otra vez esa polaridad atroz, donde nos atormentamos, tratamos de divinizarlos y purificarnos. Giramos en esos dos puntos del torno y no sé cuál de los dos tormentos es peor.

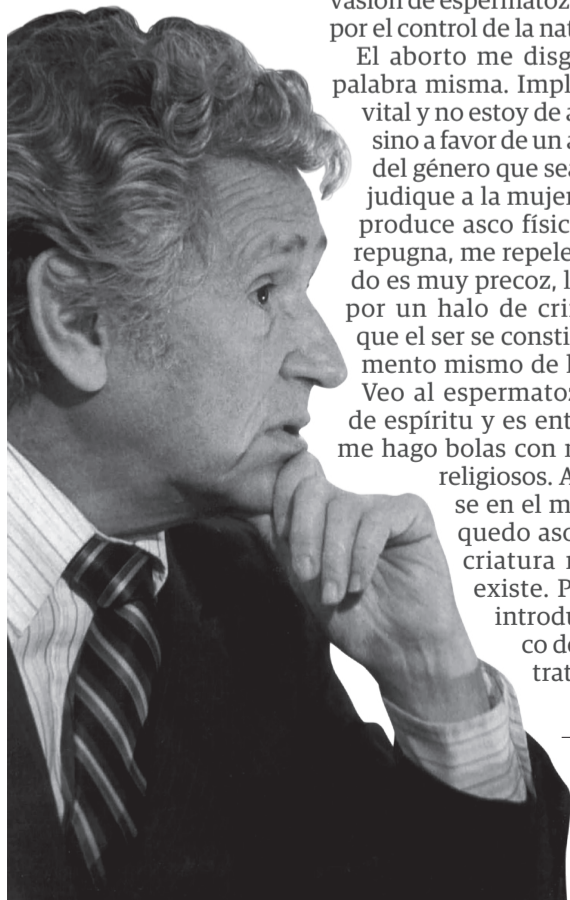
El trabajo es nada menos que la salvación: nos libera de la obsesión viciosa, nos defiende de las tentaciones. En esta vida, lo único que puede liberarnos de todas las tragedias sentimentales o corporales es el amor al trabajo. El erotismo aparece entonces como un interludio, una hora de recreo después del trabajo.

Hemos hecho del trabajo, la educación, la cultura y el arte una obligación. Lo que importa es liquidar el carácter obligatorio. Aquí hemos llegado y me siento feliz, porque quise consumir este orbe que finalmente desemboca en el trabajo, la religión salvadora de la humanidad: el trabajo gozoso que da forma a la materia, a la madera, el metal, la piedra, el lenguaje... y a nuestro propio cuerpo, precisamente. Esa es la salvación. ▣

FUENTE

Su Otro YO, volumen 3, número 3, noviembre de 1976.

Foto > Cuartoscuro



A un niño no le asombra que su abuelo sea reconocido entre los mejores escritores que ha dado el país, uno que se amistó con las palabras y creó con ellas imaginarios de pasmo y desbordamiento. Lo que importa es que el abuelo ofrezca experiencias dinamitadoras de la cotidianidad. Luego, el filtro de los años permite dimensionar también al personaje público que redefinió la literatura en español. En este caso, uno de los nietos de Juan José Arreola saca a pasear los pájaros de la memoria, tanto los propios como los del autor de Confabulario.

UN DÍA CON EL ABUELO

ALONSO ARREOLA

Convívi 26 años con Juan José Arreola. En ellos pude disfrutar de su alma lúdica, de su eterna capacidad de asombro. Fue el abuelito, el maestro, el testigo, el juez, el defensor y, al final, una suerte de nieto de sus nietos. Porque se nos voltearon los papeles en las noches de hospital cuando cayó enfermo y, con ojos de temor, cuestionó al mundo como por vez primera para convertirse en un Quijote que duró casi tres años guardado en casa, intermitiendo entre la lucidez y la fantasía.

Reviso entonces algunas anécdotas, situaciones que pasé a su lado —nimias o trascendentales—, y pienso que si pudiera reconstruir un solo día con él ocurriría en Zapotlán, esa tierra que de tan grande se la hicieran Ciudad Guzmán. Temprano por la mañana se escucharía el suave roce de la escoba de ramas contra las piedras que sustentaban la casa. Se trataría de Pablo, su eterno y reservado cuidador. Hombre de piel rojiza, dura, padre de una numerosa y violenta prole, él sería un primer atisbo de vida a los pies del cerro. Emocionado por las sorpresas de las próximas horas, yo saltaría de la cama del tapanco y comenzaría a vestirme con rapidez. Mi abuelo no tardaría en dejarse escuchar sobre la duela hinchada, listo para emprender su viaje en motocicleta hacia el mercado. Si quería ir con él, estaba claro que no podía retrasarlo.

Dependiendo de mi edad, lo acompañaría en el pequeño asiento de atrás o en una segunda motocicleta. Puestos en marcha, observados con asombro mientras descendemos

del cerro, muchos niños correrían a nuestro encuentro para recibir dulces o monedas de ese hombre con sombrero estafalario al que gritarían “¡tío, tío!”. A los pocos minutos arribaríamos al jardín central y al mercado del pueblo adonde, apenas entrando, negociaríamos los mejores tamales de ceniza de esa región llamada El Universo Entero.

Abordado por marchantas y tenderos patidifusos, respondería preguntas sobre la gran ciudad y la televisión y haría otras tantas a propósito de nombres, apellidos, oficios, productos. Seleccionaría también tamales de elote y caminaría hacia la salida olvidando alguna bolsa que yo llevaría del suelo. De nuevo subidos en las motos continuaríamos la aventura matutina rumbo a la carnicería. Allí recogeríamos un corte apartado días antes por teléfono. Tocarían turno a la crema y la leche, ubicadas en el establo de otro proveedor... Sí: está claro que los elementos del desayuno pudieran hallarse todos en un solo punto, pero entonces no estaríamos hablando de mi abuelo, capaz de periplos imposibles con tal de un entrado perfecto.

EN LA COCINA estarían esperándonos mi abuela Sara y mis tías Claudia y Fuensanta, enfundadas en sus batas yucatecas, friendo tortillas y huevos, molcajeteando chiles con sal de grano. Preparadas para sobrealimentarnos con las viandas recién traídas, refinarían invisibles técnicas de tráfico bajo la mesa cuando mi abuelo hubiera decidido que me estaba pasando con la cantidad de proteínas y carbohidratos que comía.

“MI ABUELO NO TARDARÍA EN DEJARSE ESCUCHAR SOBRE LA DUELA HINCHADA, LISTO PARA EMPRENDER SU VIAJE EN MOTOCICLETA HACIA EL MERCADO. SI QUERÍA IR CON ÉL, ESTABA CLARO QUE NO PODÍA RETRASARLO”.

Acompañado por mis primas Benice y Mireya y por mi hermano Chema, correría luego a la carpintería que mi abuelo construyera al borde de la barranca para diseñarse sus propios muebles (tableros de ajedrez, libreros, escritorios). Allí improvisaríamos juegos que incluirían grillos, piedras, árboles y lodo hasta que, cansados de perseguir a nuestros muchos gatos, volveríamos a la casa. Entonces iría sigilosamente a la sala para disparar alguna pregunta calibrada sesudamente.

—Oye, abuelo...

¿Conociste a Picasso? ¿Qué piensas de la muerte? ¿Qué te gustaba platicar con Octavio Paz? ¿Cuál es tu lugar favorito de París? ¿En dónde te hacen tus trajes? ¿Cuándo volveremos a la Lagunilla o al Bazar del Ángel? ¿A qué te refieres con eso de *aliento oceánico* al hablar de Walt Whitman? ¿De dónde provienen las geodas de la vitrina? ¿Cuál es tu cuento favorito de Cortázar? La clave estaba en hallar el momento y humor justos.

Si el cuestionamiento era suficientemente provocador, mi abuelo bajaría el periódico, detendría el movimiento involuntario de la rodilla, se incorporaría en el sillón en el que estaría recostado, miraría el techo y liberaría los pájaros de la memoria. Compartiría el andamiaje de su asombro.

—Sí, bueno, en París coincidí con un amigo pintor, también de Jalisco, quien me pidió acompañarlo a una exposición conjunta de Picasso y Miró. Fuimos. No sé cómo pero nos colamos en la comitiva de inicio, la que inauguraba el acto. Manteniéndonos a distancia, íbamos siguiendo a los maestros y a los responsables de la exhibición quienes, de vez en cuando, nos miraban extrañados. Pero no dijeron nada. Escuchamos sus reflexiones y ¡terminamos el recorrido con ellos!

En este punto comenzaría su risa entrecortada por una tos ligera y se le entrecerrarían los ojos, ya rubicundos. Continuaría luego:

—Entonces me acerqué y le pregunté a Picasso si podría visitarlo.

ALONSO ARREOLA

(Ciudad de México, 1974), bajista, compositor y escritor, ha musicalizado proyectos multidisciplinarios sobre la obra del escritor, como *Arreola por Arreola*, *Bestias y Prodigios*. Publicó con su hermano, José María, el epistolario de sus abuelos: *Sara más amarás*.

Aceptó, me dio su dirección y, claro, fuimos a los pocos días. Recuerdo que nos abrió una anciana encargada del taller. Dijo que el pintor no estaba pero que podíamos esperarlo. Entramos. Nos quedamos solos. Y sí, allí estaban sus obras; algunas terminadas y otras en plena marcha... ¿te imaginas si hubiéramos tomado un cuadro?

Entonces volvería la risa y se secaría los lagrimales con un kleenex. Se pondría a contar de cuando entró al Louvre de posguerra, vacío y en remodelación, para presenciar el reacomodo de piezas y, de manera increíble, terminó en una silla sosteniendo a la *Mona Lisa*. Mi abuelo era un amplificador de la realidad, pero no mentiroso.

AHORA BIEN: es posible que el día reconstruido ocurriera en la Ciudad de México, navegando los ríos de la colonia Cuauhtémoc en donde su hijo Orso —mi padre— tuvo una librería de nombre Arreolarte. Al fondo de ella, pasando un pequeño departamento y un patio de pedruscos franqueado por dos grandes caballos de ajedrez, se hallaba el galpón con butacas de hierro y madera que mi abuelo habilitara para presentaciones de libros y, sobre todo, para que jugáramos tenis de mesa confiados en un futuro olímpico. Allí mismo lo dejaríamos ganar en días de pinta escolar so pena de peroratas interminables sobre nuestra manera de hacerle *trampa*. Era como un niño. Allí lo veríamos preparar platillos prácticos basados en latas de conserva. Allí conoceríamos a muchos jóvenes escritores que apreciaban sus consejos.

O quién sabe, tal vez el día reconstruido ocurriría en otro punto de la Ciudad de México. Con el taxi eternizándose afuera del Camino Real (su segundo hogar), finalmente tomaría una decisión de efecto dominó: ir a La Naval en la calle de Michoacán esquina con Insurgentes para comprar ultramarinos peculiares; luego con su encuadernador a Álvaro Obregón; cerca de allí era obligado visitar la Sala Margolín (su tienda de discos favorita). Recordando a la familia de cada casa y de regreso al hotel, se impondría finalmente el Club Chapultepec, en cuya tienda compraríamos una raqueta de tenis. En uno y otro lado, sea hablando de comida, amigos, libros o antiguallas, todo tendría que ver con la búsqueda de la belleza. Era tan así que podía cambiarse de lugar en un restorán sólo para no ver el comportamiento de algunos comensales. Pero no... mejor vuelvo al principio.

Si reconstruyera un día para volver con mi abuelo Juan José sería en Zapotlán, paréntesis en cuyos lindes

“POR LA TARDE IRÍAMOS
A SAYULA POR UNOS CUCHILLOS
DE OJEDA, O TAL VEZ
PASARÍAMOS POR TAMAZULA
PARA VISITAR LA TIERRA
DE MI ABUELA SARA”.



Foto ▶ Archivo de Alonso Arreola

una laguna opera *su delgado sueño*. Por la tarde iríamos a Sayula por unos cuchillos de Ojeda, o tal vez pasaríamos por Tamazula para visitar la tierra de mi abuela Sara, pilar definitivo en su vida y carrera literaria, en la supervivencia de sus hijos, en la eterna infancia de sus nietos. Sara, pilar de bondad, de claridad que hipnotizara al mismo Juan Rufo cuando la burocracia lo expulsaba por las tardes y la visitaba, deseoso de volver a su tierra en voz del pueblo vecino.

Porque sí: mi abuela hablaba, se comportaba y pensaba exactamente como un personaje de Rufo. Nos encantaba. Por fortuna, heredé de mi abuelo eso de grabar a la gente a escondidas y la tengo registrada contándome de cuando lo conoció afuera de una plaza de toros. Ella fue la responsable del mejor cimientito en la vida familiar. Resistió todo confiando en el talento de Juanito, *el Recitador*. Era la única que podía pararlo en seco cuando los caballos se le desbocaban y con ternura infinita lo visitaba, ya convertido en Caballero de los Leones, en su habitación deshabitada.

ESOS FUERON años difíciles para todos. Silencioso y con el cuerpo enjuto, a veces me lo encontraba moviendo las manos en el aire.

—¿Qué haces abuelo?

—¿Pues qué no ves? Jugando en un torneo de ajedrez.

O quizá:

—Estoy dando una conferencia.

O sólo respondía con el silencio. Entonces yo intentaba el juego de las preguntas, pero ya no contestaba. Sin embargo, y para ser justos, hay que decirlo: había momentos de gran lucidez en que asomaba de nuevo a los ojos ese fantástico minero de la memoria. Un día le dije:

—Te manda saludos Carlos Monsiváis, abuelo, lo acabo de ver.

Tras un larguísimo silencio alcancé a escuchar sus murmullos:

—Montes y valles, montes y valles....

—¿Qué dices, abuelo?

—Montes y valles, eso significa Monsiváis.

Y de nuevo esa pausa en la que el maquinista abandona su puesto para recorrer un tren interminable.

En fin. Sé que no he dicho mucho. Sé que no brindo nueva luz sobre la humanización de los animales en su *Bestiario* (o en textos como “Autrui”), ni sobre la animalización del hombre en “La mujer amaestrada”, ni sobre la idea del suicidio en “La migala”. Sé que no brindo una perspectiva diferente con respecto a su curioso y adictivo amor hacia la mujer, madre siempre, amante siempre. Sé que este escrito no aporta nada al simbolismo de esa máquina de atrevimientos llamada “El Guardagujas”, en donde se manifiesta su mayor y más grande enseñanza: la del movimiento, la de la decisión y la valentía de expresar lo que se piensa, principio fundamental en su desarrollo. Un día me dijo: “Ve y dile lo que piensas a la gente, siempre”.

No importaba si tenías ocho años y estabas petrificado por ver a la cantante de Parchís aproximándose en el pasillo de un hotel. Tu abuelo te obligaría a hablarle, a decirle que te gustaba. No importaba si en la adolescencia intentabas comprender la portada de un libro de ajedrez y te daba pena equivocarte. Él te presionaría incansablemente. Tampoco importaba si ya en la juventud lo cuestionabas por su visita a un programa con las bobas de Verónica Castro y Thalía. Su respuesta:

—Siempre aprovecharé cualquier momento y espacio para decir lo que pienso.

Así lo hizo cuando conoció a Pablo Neruda en Zapotlán, brindando con ponche de granada. Así, cuando acechó a Louis Juvet afuera del Teatro Degollado de Guadalajara. Así, al conocer a Gabriela Mistral en París. Así, con Miterrand en Les Arcades de la Place Vendôme de París. Así, siempre... y con eso me quedo: con mi abuelo en movimiento, montado en su motocicleta por la mañana, volando en pedazos la línea recta, marcando nuevos trazos entre el genio y el sufrimiento, arrastrándonos a todos en su singlada estela. ▣

DIRECTO DE LAS CALLES de Torreón ha surgido ExUmbra (latinajo que significa "desde las sombras"), una banda de death metal melódico, que interpreta su material tanto en inglés como en español y se formó en septiembre de 2016. Su génesis comenzó con Víctor Durón de La Rosa y Alonso Colón, prácticamente retirados de la escena del metal en La Laguna. Decididos a desoxidarse comenzaron a componer *riffs*. Con algunas melodías ya armadas buscaron al resto de los integrantes que hoy conforman el quinteto: Sergio Rdz en la voz; Alonso Colón en guitarra; Víctor Durón de la Rosa en guitarra; Régulo Gámez en bajo y Kasy Gil en batería. Su primer EP, *From the Shadows Pt. 1*, ya puede oírse en Spotify.

Cada lunes ExUmbra ensaya en la esquina de mi casa, a un lado de las Zombie Burgers. Como en esta ciudad las bandas de calidad escasean, entrevisté a mi vecino, Víctor.

No todo es cumbia en La Laguna.

ExUmbra nació para satisfacer una necesidad personal pero se transformó, o evolucionó, en un proyecto con la intención de generar un precedente musical en La Comarca y en México para futuras generaciones metaleras. Es una banda de cinco locos que ven esto como su última oportunidad de hacer algo bien.

¿Death metal melódico?

El death melódico es un subgénero del metal que amalgama todos los géneros (trash, heavy, power, black, progresivo, doom), pero sólo utiliza lo mejor de estos, las voces limpias con guturales, *riffs* poderosos con líneas melódicas, baterías rápidas y concretas, bajos muy presentes para darle *punch* a las canciones, guitarras limpias y armónicas, progresiones musicales. Es como ir al buffet y sólo comer lo que más te gusta. Este género es muy amplio pero nos encasillamos ahí porque básicamente manejamos *riffs* poderosos con líneas melódicas y nos dio flojera andar viendo en dónde encajábamos.

A qué se dedican además de tocar.

Sergio se dedica a cantar covers en bares; Regulo a la abogacía; Alfonso a la contabilidad; Daniel es almacenista y yo hago asesoría y supervisión de proyectos agropecuarios. Además vendo hamburguesas en Zombie Burger.

Qué bandas pasadas de La Laguna son sus referentes.

Ninguna. Una de las razones por la cual le dimos vida a este proyecto fue también por la intención de que La Laguna tuviera una banda diferente, que no se pareciera a nada previo.



“LA BANDA
EVOLUCIONÓ EN
UN PROYECTO CON
LA INTENCIÓN
DE GENERAR UN
PRECEDENTE MUSICAL
EN LA COMARCA”.

Qué caracteriza su sonido.

La manera en que componemos es una mezcla de estilos, queremos hacer death metal melódico, pero al momento de terminar de armar las canciones y acoplarles las líneas vocales el resultado es una amalgama muy propia de la banda.

Cómo ves la escena del metal nacional.

Igual que hace veinte años: mal. Estamos muy atrasados en cuestiones musicales y aunque ahora es mucho más *fácil*, por las plataformas digitales, llegar a más seguidores no sólo a nivel nacional sino mundial, el público no evoluciona. Varios conocidos no han escuchado a ExUmbra porque no existe en formato físico y les comentas que está en formato digital y dicen que a esas madres no le saben. Todo evoluciona pero en México parece que involuciona. La escena del metal nacional la construyen bandas partiéndose la madre, haciendo presentaciones donde les den oportunidad, muchas veces apoyadas con sus propios medios. En México existen bandas muy pinches que andan por toda la república y el mundo y bandas muy vergas que aún no salen del garaje ni saldrán, se extinguirán en el anonimato. Esto pasa por falta de oportunidades, disqueras, recursos financieros, por la zona del país en la que vives, en fin, un chingo de obstáculos. Entonces, ¿existe una escena del metal nacional? Sí, pero muy *under*. Igual que antes: marginada. También eso está chido porque la ideología rebelde del rock y del metal es ir contra el sistema.

¿El metal está muerto?

No está muerto, simplemente regresó al verdadero lugar al que pertenece: el *under*. Y mientras exista una sola persona a quien le guste Paracoccidioidomycosisproctitisarcomucosis el metal seguirá vivo. ☑

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@charfornication

EXUMBRA

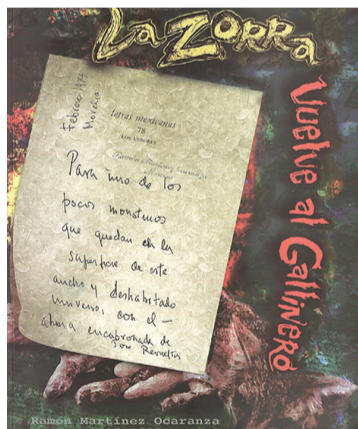
EL ALACRÁN vuelve a la añeja confrontación entre poesía culta y poesía de la calle, el arte por el arte o el arte comprometido, discusión revisitada cíclicamente para oponer la literatura independiente —expresión de una inconformidad artística radical y disidente— a la literatura comercial o del *mainstream*, regida por los cánones estéticos imperantes (oficiales), en cuanto a temática (vendible), estilo (muy legible) y narrativa (realista).

Pero ¿existe hoy una literatura independiente y rebelde? ¿Implica la disidencia de las concepciones estéticas vigentes, el rechazo de la institucionalidad literaria, de su andamiaje de premios, reconocimientos, ediciones, becas, financiamiento, y también de sus autores *oficiales*?

El venenoso indaga en estas ideas tras revisar el quinto número de *La zorra vuelve al gallinero*, editada por Mario Raúl Guzmán y dirigida por José Kiyochi y Yenuén Renard, revista tan independiente que sólo ha editado cinco números en veinticinco años. Se inició en 1992, ajena a los ámbitos del coctel y la complacencia editorial. Ahí figuran los infrarrealistas y su rescate de voces marginales a lo largo de los números siguientes (2002, 2009, 2014 y 2018).

Esta entrega recupera al poeta michoacano Ramón Martínez Ocaranza (1915-1982), de “visión apocalíptica, enigmática, pujante, desesperada” (Enrique González Rojo) y “amalditadamente romántico” (Efraín Huerta). En la portada splende la dedicatoria de Revueltas a Ocaranza en la novela *Los errores*: “Para uno de los pocos monstruos que quedan en la superficie de este ancho y deshabitado universo, con el alma encabronada de José Revueltas”.

La Zorra compila un *dossier* de Mario Santiago (1953-1998), tanto con las apreciaciones valorativas del personaje y su obra, como con las opiniones despreciativas y a veces clasistas



“¿EXISTE HOY
UNA LITERATURA
INDEPENDIENTE Y
REBELDE? ¿IMPLICA
LA DISIDENCIA DE
LAS CONCEPCIONES
ESTÉTICAS VIGENTES,
EL RECHAZO DE LA
INSTITUCIONALIDAD?”.

de sus detractores. Las doscientas páginas de papel cuché incluyen ilustraciones y fotografías, pero sobresale un anexo con una muestra de críticas a Gabriel Zaid en las plumas de Carlos Pereyra, Adolfo Gilly, Héctor Manjarrez, Juan Ramón de la Fuente y José Joaquín Blanco.

Insiste el arácnido: ¿cuál es la literatura rebelde hoy? ¿Las novelas sobre el narco, los desaparecidos, la trata de personas, las víctimas, la corrupción política, la narración del consumo de drogas por los escritores?

El rastreador acude a Pierre Bourdieu: “A muchos les cuesta entender que ciertas obras políticamente progresistas puedan ser estéticamente conservadoras, y que la transgresión (o denuncia política de una obra) pueda ser una forma de conformismo artístico”. Para rematar, un aguijonazo de Jean Cocteau: “No hay que rechazar las recompensas oficiales, lo que se debe hacer es no merecerlas”. ☑

EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por
ALEJANDRO DE LA GARZA

@Aladelagarza

LA ZORRA
EN EL
GALLINERO

ESGRIMA

Por
**ALICIA
QUIÑONES**

LUIS ARANGO
E IRMA
DESCHAMPS
**EL 19S EN
IMÁGENES**

En buena parte del cine mexicano, la desgracia es considerada sinónimo de riqueza. En línea con esa tradición, pero desde un punto de vista distinto, el sismo de 7.1 grados que vivimos el 19 de septiembre de 2017 y que significó un tremendo golpe para los habitantes de varias ciudades mexicanas fue el motivo para crear el proyecto audiovisual *19/S, El día que nos reencontramos*. Consta de una exposición fotográfica y un documental, ambos presentados en días recientes y realizados por la casa productora Pinhole y la revista *Cuartoscuro*, la cual, como parte del proyecto, dedica una edición a las imágenes de la muestra, así como a presentar material inédito de ciudadanos que participaron a través de una convocatoria de la revista. Tanto las fotografías como el documental y el medio impreso darán forma a un archivo que podrá ser consultado por todo público y quedará como testigo de ese momento histórico para el país.

El documental busca contar las historias de a pie tras la emergencia y dar voz a quienes, sin desearlo, se convirtieron en héroes. Sin el ánimo de llegar al circuito comercial de cine, a partir de esta semana se presentará en diversos foros, festivales y centros universitarios. Sobre esta iniciativa charlamos con Luis Arango, fotógrafo y director de la casa productora del documental, especializado en cinefotografía y foto fija, e Irma Deschamps, joven productora mexicana de cine.

¿Cómo llevaron a cabo este proyecto que aborda un momento de dolor?

LUIS ARANGO (LA): Partimos de tres pilares: primero, una exposición fotográfica de 38 imágenes que estará en Avenida Reforma, del Ángel de la Independencia a La Palma. El segundo eje del proyecto es una edición especial que hicimos en colaboración con la revista *Cuartoscuro*: previamente lanzamos una convocatoria para que la gente nos mandara sus imágenes y así generamos un archivo, parte del cual presentamos en el número especial que ya está en circulación. El tercer pilar es una pieza documental que reúne testimonios de muchísima gente que se involucró en ayudar. De ahí surgió el título *19/S, El día que nos reencontramos*. Creemos que es justamente lo que pasó: esta tragedia nos hizo salir de nuevo a las calles.

IRMA DESCHAMPS (ID): Quisimos crear algo más allá de subrayar el desastre y lo que ya se sabe. Este proyecto también es un apapacho al pueblo mexicano, reconocer cómo, a pesar de que estábamos pasando por un mal momento a nivel político y social y además tuvimos que enfrentar esto, nos unimos como país. Quisimos rendir un homenaje a todos los héroes sin capa.

¿Qué aportan distinto a lo que ya se ha visto en otros medios?

LA: Empezamos por conseguir material con nuestros conocidos. Después, poco a poco más gente se fue enterando y quiso dar su testimonio. Hoy tenemos más de catorce horas de testimonios, en las que individuos muy distintos cuentan su experiencia de ese día.

ID: Fue una labor ardua, de rescatar muchas historias. Una gran parte del material que presentamos en el documental es inédito. Lamentablemente nos invaden series mexicanas sobre narcotráfico y violencia. No hay que hacerlas a un lado, pero es importante mostrar otra cara de nuestra historia a través del cine. No queremos mostrar solamente el estereotipo al que nos tiene acostumbrados, por ejemplo, el cine gringo. Nuestro documental es una pieza documental creada por gente y para gente que vivió esto en carne propia.

¿Por qué no les interesa llegar al circuito comercial?

LA: Nunca tuvimos esa intención. El documental nació como una iniciativa de nuestra casa productora y la visión no se enfocó jamás en que formara parte de una corrida comercial, sino en hacerlo llegar gratuitamente al público en varios foros.



Foto: Cortesía de Pinhole

Es decir, como un servicio a la memoria colectiva.

LA: Sí, pero también es un archivo: tenemos resguardado el testimonio de primera mano de la sociedad civil. Para mí es importante que cualquier persona pueda consultar esto el día de mañana. Me encantaría, por ejemplo, que en diez años alguien viera este material y se diera cuenta de cómo estábamos constituidos, cómo era nuestra sociedad y eso le permita crear otra pieza nueva, no sé.

Más allá de este proyecto, ¿qué problemas enfrenta la producción audiovisual en nuestro país?

LA: A raíz del terremoto se vivió un periodo difícil en la industria. La sociedad estaba viviendo un luto, muchísimas producciones pararon, un montón de proyectos que debían desarrollarse se tuvieron que congelar. Además, la Comisión de Filmaciones no permitió que filmáramos en la ciudad, porque las condiciones eran inseguras. A partir de la mitad de este 2018 otra vez se empezó a reactivar todo, las marcas de nuevo comenzaron a confiar y poco a poco arrancaron nuevos proyectos. Ésta es una industria que genera gran cantidad de empleos de forma directa e indirecta y nosotros como comunidad de productoras estamos al frente, dando todo para que siga creciendo. Se trata de un medio increíble, pequeño, en el cual todos nos conocemos y nos apoyamos. México hoy en día está saliendo adelante y nosotros también: seguimos trabajando.

ID: Cuando Luis me propuso entrar a este proyecto le dije: "Híjole, por supuesto que sí, claro que le entro contigo. Vamos a hacer este proyecto porque México se lo merece, tenemos que demostrarle a todos lo grande que somos y qué maravilloso es este país". Pero si bien desde el principio estaba la emoción de hacerlo, el ímpetu de demostrar de qué estamos hechos, también me generó sentimientos encontrados: tristeza al recordar lo que pasó. Mi idea como realizadora es también llevar este documental fuera del país, ponerlo en festivales, en universidades, en plazas, que se exhiba en varios rincones del mundo para que todos vean que México no solamente es narcotráfico.

Me interesa hacer un cine mexicano propositivo, diferente al que se acostumbra mostrar en el extranjero. Justo el hecho de que el documental se base en testimonios directos de la gente lo convierte en una muestra representativa. Incluimos desde una maestra que vivió el sismo en Jojutla, en una estancia infantil, y rescató a cinco niños que estaban con ella, hasta estudiantes, contadores, abogados, directores de cine, estrellas de rock. La selección representa al país. Con las fotos pasa la mismo: cuando hicimos la convocatoria de *Cuartoscuro* llegaron muchas imágenes. Nosotros no especificamos que fueran fotógrafos profesionales ni que hubieran usado tal cámara, al contrario, queríamos imágenes que contaran una historia que nos llevara más allá de la tragedia. Tanto Luis como yo pensábamos: no queremos mostrar el dolor, ese ya lo conocemos. Más bien queremos dar a conocer la parte positiva de México, que hay mucha más gente buena que mala en este país.

LA: Así es: queremos hacer un cine diferente, con propuestas distintas desde la producción y la creación. ■

“TENEMOS RESGUARDADO EL TESTIMONIO DE PRIMERA MANO DE LA SOCIEDAD CIVIL. PARA MÍ ES IMPORTANTE QUE CUALQUIER PERSONA PUEDA CONSULTAR ESTO EL DÍA DE MAÑANA”.